

El año 2009, presenté en FAES del libro “Los orígenes de Juan Perón y Eva Duarte, de Ignacio Martín Cloppet y en esa ocasión recordé a mis antepasados maternos, vascos que emigraron a Argentina a fines del siglo XIX, y alguna de mis conversaciones con Perón en la Quinta 17 de Octubre, en Puerta de Hierro.

“*Quelques petits secrets*” de Juan Perón y Eva Duarte.

A mediados de la década de los cuarenta del siglo pasado Doña Juana Sosa, la madre de Juan Domingo Perón, fue a tomar mate varias veces a la casa de mi abuela materna, Agustina, en Buenos Aires. Por entonces yo tenía menos de veinte años y aquello no me interesó, por lo que ahora y con el paso del tiempo ese recuerdo se ha hecho borroso. Conservo la memoria de que mi abuela decía que doña Juana era “*bajita, regordeta, achinada y muy paisana*”,- es decir que tenía rasgos indígenas -, y que llevaba en su cartera un puñado de tarjetas firmadas por su hijo con las que sus amigas y conocidas podían abrir puertas en oficinas públicas y obtener pequeños favores o acelerar algunas gestiones administrativas. Se habían conocido “*cuando éramos puesteros, jóvenes y con hijos chiquitos*”.

“Los orígenes de Juan Perón y Eva Duarte”, obra de Ignacio Martín Cloppet, un trabajo de investigación ejemplar y en muchos aspectos definitivo, me sacó aquellos recuerdos del hondón de mi vida. Digo que es una aportación ejemplar porque es objetiva, en cuanto se apoya en decenas de documentos hasta hoy inéditos y testimonios orales que el autor transcribe con fidelidad, analiza e interpreta; descubre importantes aspectos sobre los que se fundamentó la vida de estas dos sobresalientes personalidades de la historia argentina, acaba con mitos, leyendas y versiones – oficiales

unas, partidistas, tendenciosas y sesgadas otras - , relacionadas con ellos. Una obra honesta, porque a lo largo de ella Ignacio Cloppet se formula más de una vez preguntas en torno a aspectos oscuros, muchos de ellos intencionadamente oscurecidos por la familia o los dos biografiados, y cuando no encuentra una respuesta lógica o, racional, lo admite y deja constancia de ello.

Volvamos a mis brumosos recuerdos: “ *cuando éramos puesteros, jóvenes y con hijos chiquitos*”, frase que yo entendí como que el matrimonio Perón-Sosa y sus dos hijos y mis abuelos maternos, el matrimonio Olabarriaga- Navarro, tenían un “puesto”, es decir *un rancho* en una hacienda o *estancia* y se ocupaban de cuidar animales y trabajar la tierra.

Años antes, en 1894, en Guernica (Vizcaya), los Olabarriaga y sus primos los Navarro decidieron resolver sus diferencias casando a José Ignacio Olabarriaga, que había emigrado años atrás a Argentina con Agustina Navarro, destinada a ser la heredera del caserío que los enfrentaba. No se pidió el parecer de la pareja, ni se tuvo en cuenta que José Ignacio tenía 35 años y Agustina 18 y estaba enamorada de un pariente que después llegaría a ser un famoso médico de Bilbao. José Ignacio vino, se casó, y se llevó a aquella muchacha. Al cabo de cuatro semanas de navegación llegaron a Buenos Aires y en la carreta del vasco Cipriano Guereño que ahora se conserva en el Museo de Historia de Luján, marcharon a un puesto de la estancia “La criolla”, en el partido de Veinticinco de Mayo. José Ignacio murió once años después en esa localidad y su esposa, viuda y con dos hijos, uno de once años y otra – mi madre- de ocho, siguió unos meses en “La criolla”, una estancia donde trabajaban cuarenta y cinco peones. Era una vasca bonita, de 28 años y de una rigurosa formación católica y no entendía ni admitía – ni entonces ni nunca – ese machismo que destilan tantos documentos que nos da a conocer Cloppet en su obra. Dejó la estancia y se fue a vivir a Veinticinco de Mayo y pronto mejoraron sus vidas. Mi tío se convirtió pronto en un gran almacenero,- aunque no llegó a ser un oligarca, como tantos otros que hoy tienen nombres de calles y estaciones de Subte

en Buenos Aires- , y mi madre fue profesora. Eran los años en que Argentina crecía y se desarrollaba económica y socialmente a un ritmo superior al que hoy lo hacen los “tigres asiáticos” y se pensaba en Europa que estaba llamada a convertirse en una de las potencias mundiales.

Muchos años después, a partir de 1963, yo hablaba de aquella época con Juan Domingo Perón, que vivía en el barrio madrileño de Puerta de Hierro, y me refería a las mateadas de su madre doña Juana y mi abuela Agustina, tratando que me contara sus recuerdos de infancia.

“*Cosas de comadres*” me cortaba Perón, a quien no le gustaba abordar el tema. Durante una década veía yo a Perón al menos una vez cada quince días. La mayor parte de aquel tiempo yo fui el único periodista que tenía acceso regular a “la quinta”, como la conocíamos los argentinos. No una sino varias veces volví a sugerirle que me relatara anécdotas de su niñez en Lobos y en la Patagonia, o me hablara de unos vecinos de mi pueblo natal, el ya mencionado Veinticinco de Mayo, que decían ser primos suyos: “*Pregúnteselo a Enrique Pavón Pereyra, que sabe muchíiisssimo de eso*”, me respondía secamente. Una vez, irritado, me dijo: “*Háblele a Pavón, que lo sabe todo, hasta la escupidera que tenía yo cuando era chico*”.

Enrique Pavón Pereyra, el primero de los historiadores de Perón¹, sostenía que Juan Domingo Perón había nacido en Roque Pérez y aquello había contribuido a confundirme, pues mis abuelos vivieron allí unos meses en otra de las estancias que tenía por la zona el Dr. Luna – el dueño de “La criolla”. A eso se añadían los supuestos primos de Perón que vivían en mi pueblo y que luego supe que se trataba de Doña Francisca Toledo Aguirre, madrina de bautismo de Perón.

Leyendo la obra de Ignacio Cloppet y las luces y sombras de los orígenes de Perón y los de Evita, he logrado entender

¹ . Llegó a España en 1956, huyendo de la dictadura del general Aramburu; con él vinieron el historiador José María Rosa y el que luego sería periodista Enrique Oliva. La segunda oleada y mucho mas numerosa oleada de exiliados argentinos se produjo en 1975, a raíz del golpe militar que depuso al gobierno de Maria Estela Martínez.

el por qué de aquellos silencios y evasivas, algunos de sus “*petits secrets*”. Cloppet.

Juan Domingo Perón, el tres veces presidente de los argentinos elegido en elecciones rigurosamente democráticas, era biznieto del genovés Tomás Marius Perron y de la inglesa Ana Hughes Mackenzie, que llegaron a Buenos Aires a mediados del siglo XIX y se dedicaron al comercio. El mayor de sus hijos, Tomás Liberato, llegó a ser un conocido médico y diputado conservador, que se casó con Dominga Dutey, descendiente de vascos franceses; lo hizo años después de que nacieran sus hijos, regularizando así su situación. Uno de éstos fue Mario Tomás, un joven un tanto tarambana, que se fue a vivir en Lobos, en la provincia de Buenos Aires y tomó por compañera a joven Juana Sosa Toledo, una india tehuelche que era su cocinera. El segundo de los hijos de la pareja – que nunca contrajo matrimonio, fue bautizado por su madre con el nombre de Juan Domingo².

Algo por el estilo sucedió con Maria Eva Duarte – Evita -, descendiente de vascos franceses, los Uhart y los Ibarguren. Su padre, Juan Duarte (el apellido Uhart había cambiado en Duarte por uno de esos errores que se cometían en los registro civiles, sobre todo en otros tiempos) se casó con Adela Uhart³ y tuvo con ella catorce hijos. Don Juan, un rico terrateniente del noroeste de la provincia de Buenos Aires, tenía una “casa chica”, o segunda familia, con doña Juana Ibarguren, también de origen vasco francés, con la que tuvo cinco hijos, la menor de ellos Maria Eva, que sería la segunda esposa de Perón⁴. Don Juan Duarte murió en un accidente de automovil⁵ cuando se dirigía a Los Toldos a llevar los regalos de Reyes a los hijos extramatrimoniales que

².-Tomás Perón no apareció por la iglesia y solo años después pasó por el registro civil para reconocer como naturales a Avelino y Juan Domingo, los dos hijos que tuvo con su criada.

³.- Aunque tenían el mismo apellido y sus antepasados procedían de la misma aldea vasco francesa, Lapiste, no eran parientes próximos.

⁴.- En España se cree que Perón tuvo dos esposas, popularmente llamadas Evita e Isabelita. No fue así.. Antes que ellas se casó en 1929 con Aurelia Tizón, quien falleció en 1938. El matrimonio con Maria Eva Duarte tuvo lugar en 1945; murió en 1952. El matrimonio con Maria Estela Martínez se celebró en Madrid, como luego diremos..

⁵.-El 6 de enero de 1926.

tenía con doña Juana Ibarguren. Si bien era frecuente que los ricos terratenientes tuvieran una segunda familia ilegítima, - más aun era un signo del machismo de la época, la condición de hijo natural y pobre era un estigma. Ese fue uno de los “*petits secrets*” de Evita.